

Lépore, Silvia

El desarrollo de la sociabilidad en la población de Buenos Aires: un aporte para su operacionalización enmarcado en el enfoque de las capacidades

Capítulo perteneciente a la obra:

Pobreza y solidaridad social en la Argentina: aportes desde el enfoque de las capacidades humanas

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Lépore, S. (2011). El desarrollo de la sociabilidad en la población de Buenos Aires : un aporte para su operacionalización enmarcado en el enfoque de las capacidades [en línea]. En Balian de Tagtachian, B., Suárez, A. L. (comps.). *Pobreza y solidaridad social en la Argentina : aportes desde el enfoque de las capacidades humanas*. Buenos Aires : Educa. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/desarrollo-sociabilidad-poblacion-lepore.pdf> [Fecha de consulta:....]

EL DESARROLLO DE LA SOCIABILIDAD EN LA POBLACIÓN DE BUENOS AIRES: UN APOORTE PARA SU OPERACIONALIZACIÓN ENMARCADO EN EL ENFOQUE DE LAS CAPACIDADES

Silvia LÉPORE

Resumen

Los estudios sobre el aumento de la pobreza y la desigualdad que se registra en vastas regiones del mundo se han visto enriquecidos por el desarrollo de nuevos enfoques multidimensionales, destacándose el enfoque de las capacidades planteado por Amartya Sen y enriquecido, entre otros, por Martha Nussbaum. Esta última destaca la “afiliación” como una de las capacidades centrales del funcionamiento de las personas. Desde esta perspectiva, Sen sostiene que la privación de la capacidad de las personas de vincularse con los otros constituye una parte de la pobreza y origina dos tipos de desigualdad: exclusión o inclusión desfavorable.

Avanzando en un mayor nivel de desagregación, se propone aquí una operacionalización de la sociabilidad concebida como el conjunto de relaciones sociales horizontales y verticales que las personas manifiestan en una pluralidad de vínculos que se diferencian según el estrato socioeconómico. La sociabilidad horizontal o interpersonal es clasificada de acuerdo con el contenido que fluye en la relación y el tipo de vínculo con el otro. La sociabilidad vertical o institucional remite a la participación en diversas organizaciones.

Esta natural capacidad de relacionarse caracteriza a todos los individuos, pero no todos logran convertirla en un funcionamiento valioso, originándose efectos de aislamiento, especialmente en los sectores más desaventajados. A su vez, la población exhibe una marcada preferencia por mantener relaciones cercanas mientras son poco propensas a involucrarse en emprendimientos colectivos. Esto ratifica la segmentación y polarización de la sociedad estudiada y la heterogeneidad entre los estratos bajos.

En todas las formas de sociabilidad predominan los vínculos con *parientes y amigos*. Los *jóvenes* sobresalen con respecto a *recibir apoyo emocional, ayuda para conseguir trabajo, ayudar en tareas domésticas y participar en actividades artísticas*. Los que más *dan y reciben apoyo emocional* y *cuentan con gente* para solucionar sus problemas *viven solos o en familias con núcleo completo*. Las *personas que viven solas o en familias incompletas* prevalecen cuando se trata de *dar y recibir ayuda doméstica, participar de actividades religiosas, organizaciones solidarias, partidos políticos y grupos de actividades artísticas*.

Los indicadores fueron elaborados con los microdatos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina (EDSA) de la Pontificia Universidad Católica Argentina correspondientes al Área Metropolitana de Buenos Aires, cuya muestra es estratificada por nivel socioeducativo como *proxy* del estrato socioeconómico de las personas.

Palabras clave: sociabilidad - estratificación - participación

Abstract

In recent years, studies showing increases in poverty and inequality throughout the world have been enriched by the development of new multidimensional approaches, most importantly the capabilities approach proposed by Amartya Sen and later enriched by Martha Nussbaum, among others. According to Nussbaum, “affiliation” is one of people’s central capabilities. Sen argues that the deprivation of people’s capability to relate to others results in two kinds of inequality: exclusion and negative inclusion.

In this paper, we propose a means of measuring sociability based on a range of horizontal and vertical relationships that vary with socioeconomic strata. Horizontal or interpersonal sociability is classified according to the content and type of relationship. The vertical or institutional sociability refers to participation in organizations.

All individuals have the natural ability to relate to others, although not everyone is able to convert this into a valuable functioning, leading to isolation, especially among disadvantaged groups. At the same time, the population has a strong preference for maintaining close relationships, but is more reluctant to engage in collective activities. This reinforces the segmentation and polariza-

tion of the society as well as the heterogeneity among the lower social strata.

The most common forms of sociability are the relationships with *friends* and *family*. Among *youths*, the most relevant motivations for sociability are to obtain emotional support, to solicit help with job search or domestic activities and to participate in artistic activities. The people that are most likely to give and receive *emotional support* and can count on people to help them with their problems are those who live *alone or in a nuclear family*. The people that live *alone or have an incomplete family* are more likely to give and receive *domestic help* and *participate in religious activities, voluntary organizations, political parties and group artistic activities*.

The analysis was based on micro-data from the Argentine Social Debt Survey (Encuesta de la Deuda Social Argentina, EDSA) of the Pontifical Catholic University of Argentina for the Metropolitan Area of Buenos Aires. The survey sample was stratified by socioeducational level as a *proxy* for socioeconomic strata.

Key words: sociability - social stratification - participation

Introducción

El incremento de la pobreza en los países de América Latina, y en la Argentina en particular, ha suscitado el interés por conocer los mecanismos y las relaciones de apoyo social formales e informales con que cuentan los pobres para enfrentar las situaciones adversas, como el desempleo, la disminución del ingreso, la enfermedad o la falta de vivienda, aunque no son recursos privativos de este estrato. La vulnerabilidad en este aspecto implica tener vínculos sociales frágiles, relaciones personales inestables o carecer de redes que organicen la vida social de modo inclusivo, a través de interacciones individuales e institucionales. En esta situación pueden estar no sólo las personas que pertenecen al límite más bajo de la escala económica, sino que cualquiera puede carecer de un desarrollo “verdaderamente humano” de su vida social. No obstante, subyace la hipótesis que las personas tienen mayor probabilidad de carecer de recursos de sociabilidad cuanto más bajo es el estrato socioeconómico de pertenencia.

Se entiende por sociabilidad “la producción y activación de vínculos cotidianos entre las personas que se sustentan en el reconoci-

miento mutuo como participantes de una comunidad de saberes, identidades e intereses” (PNUD, 1998:136) al tiempo que suponen cierta reciprocidad y confianza mutuas. La sociabilidad está regulada y organizada en torno a vínculos y redes más o menos estables y está dotada de significados con un grado importante de permanencia.

Así, la privación de las capacidades de relación social constituye una parte de la pobreza y puede originar, según Amartya Sen (2000a), dos tipos de desigualdad: una por exclusión y otra por inclusión desfavorable. La primera se da por la ausencia de participación en esferas relevantes de inserción y la segunda, por las condiciones adversas de participación. La sociabilidad se destaca, en el enfoque del desarrollo humano propuesto por Martha Nussbaum como una de las capacidades centrales del funcionamiento de las personas; ella la denomina “afiliación” y la define como “ser capaz de vivir con y hacia otros, de reconocer y mostrar preocupación por otros seres humanos, de comprometerse en diferentes maneras de interacción social; ser capaz de imaginarse la situación de otros y de tener compasión de tal situación; ser capaz tanto de justicia cuanto de amistad” (Nussbaum, 2002:122).¹

En la perspectiva o enfoque de las redes sociales, se sostiene, por un lado, que el tipo de intercambio interpersonal que predomina entre los miembros de dichas redes puede ser de compañía social, apoyo emocional, guía cognitiva, consejos, regulación social, acceso a nuevos contactos, ayuda material y de servicios (Sluzki, 1998). Por el otro, cuando se establecen relaciones grupales, cobra importancia la participación en la vida de la comunidad, ya sea a través de grupos informales o de asociaciones de la sociedad civil y la vida pública.

En este documento se analiza en qué medida las personas pobres del Área Metropolitana de Buenos Aires logran mantener distintos tipos de relaciones sociales que les permiten mejorar su calidad de vida y enfrentar riesgos o situaciones difíciles. Entre esas relaciones prevalece la función de los vínculos diádicos con familiares, amigos, vecinos y compañeros de trabajo y la capacidad de asociatividad que manifiestan los individuos y que supone reci-

¹ Las otras capacidades centrales que selecciona Nussbaum, al operacionalizar la propuesta de Sen, son la vida, la salud e integridad corporal, los sentidos, imaginación y pensamiento, las emociones, la razón práctica, el cuidado a otras especies, el juego y el control del propio entorno.

prociudad, confianza y significados compartidos. En el primer punto se desarrolla sintéticamente un marco conceptual sobre la sociabilidad, es decir, acerca de los vínculos sociales y las redes personales que son parte del capital social de los individuos.² Ello da lugar a una clasificación de las relaciones de sociabilidad o recursos sociales que presentaremos en el segundo punto, entendiendo que constituyen activos de las personas que repercuten en su fortalecimiento y en la cohesión de la familia, la comunidad y la sociedad (Kliksberg, 2001). En la sección siguiente se analizan los resultados de tabulados especiales que se hicieron utilizando los microdatos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina/UCA³ realizada en junio de 2005 a los residentes del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), y se intercalan algunos testimonios de las entrevistas en profundidad efectuadas para una investigación mayor de la autora sobre este mismo tema. Con ello nos proponemos contestar las preguntas que guiaron este trabajo: ¿Cómo se distribuyen los recursos relacionales entre las personas pertenecientes a diferentes estratos socioeconómicos del AMBA? ¿En qué medida el estrato explica la vulnerabilidad social de las personas que carecen o tienen escasos recursos de sociabilidad? ¿Qué intensidad tiene y cuán heterogénea es la pobreza de relaciones sociales entre dicha población? ¿Qué características personales y familiares se asocian con la mayor probabilidad de desarrollar recursos de sociabilidad en los distintos estratos socioeconómicos o carecer de ellos?

² El objetivo no es realizar una trayectoria de los enfoques sobre redes y capital social, sino evocar los que resulten oportunos. Ambos encuentran sus raíces en los primeros sociólogos y filósofos sociales de fines del siglo XIX (Durkheim, Toennies, Simmel) y se desarrollaron ampliamente en la segunda mitad del siglo XX con la mayor generación de la pobreza urbana. Reconociendo que el concepto de capital social no tiene un significado unívoco en el campo de las ciencias sociales, en este trabajo se remite a la definición simple de Siles, Robinson y Schmid (2003): se trata de los sentimientos de solidaridad, admiración, consideración, respeto, sentido de obligación, o la confianza que una persona o un grupo siente por los demás, los cuales se fundamentan en relaciones que pueden describirse mediante el uso de redes.

³ La EDSA es una encuesta anual del Departamento de Investigación Institucional de la UCA realizada a 2500 personas mayores de 18 años. La muestra es polietápica estratificada por niveles socioeducativos –como *proxy* del nivel socioeconómico–, sexo y edad, y abarca las principales ciudades argentinas de más de 200.000 habitantes.

Para contestarlas se evalúa la vulnerabilidad diferencial por estratos socioeconómicos originada por el desigual desarrollo de las relaciones asociativas y de los lazos sociales de los encuestados. En el análisis de los datos se usan tasas de recuento para medir la incidencia de los indicadores elegidos, los cuales serán definidos al inicio de cada sección. Para la medición de la amplitud de las brechas entre los distintos estratos se calcularon cocientes de desigualdad relativa, en forma de *ratios* –cuanto más cercanos a uno (1), menores serán las diferencias entre los estratos, y cuanto más lejos de la unidad, mayores serán las desigualdades de la relación entre el estrato y el indicador analizado–. Los datos se validaron calculando la significancia estadística. Luego se completó el análisis de cada indicador calculando su incidencia por estrato socioeconómico de acuerdo con una serie de variables de corte que describen a las personas –sexo, edad, nivel de educación, comprensión verbal, males tar psicológico, situación conyugal y laboral– y a los hogares de los encuestados –tipo de hogar y clima educativo–.

La hipótesis general es que cuanto más alto es el nivel socioeconómico de las personas, mayor es el desarrollo de la sociabilidad. Por consiguiente, la hipótesis confirmada es que las personas de los estratos socioeducativos –usados como *proxy* de los estratos socioeconómicos– más bajos tienen mayor probabilidad de carecer de una vida social activa, y, por lo tanto, son más vulnerables debido a la reducción de su espacio social.

Como no se desarrollarán en este trabajo los aspectos metodológicos por una cuestión de espacio, se presenta aquí, brevemente, la definición de la variable independiente tal como ha sido construida para la EDSA 2005. La muestra de la encuesta utiliza el nivel educativo alcanzado por los jefes de hogares particulares para delimitar barrios homogéneos. En los Radios Censales (RC) con menos del 12% de jefes con secundario completo se identificó a la población del estrato socioeducativo “muy bajo”; en los RC donde ese indicador variaba entre 12% y 27,9% se ubicó el estrato “bajo”; en los RC con 28% a 46% de jefes con secundario completo se identificó a las personas como de estrato “medio bajo”. Estos tres estratos representan las posiciones más bajas en la estructura social. Por último, se usaron los RC adonde había más del 64% de jefes con secundario completo como representantes de espacios típicos del estrato “medio alto”. El conjunto de encuestas realizadas en esos lugares se utiliza como grupo de control o comparación en el análisis de resultados.

1. Contexto analítico

Adelantándonos hacia las últimas décadas del siglo xx, cuando la preocupación por la pobreza y la desigualdad eran centrales en las ciencias sociales y un desafío para la elaboración de políticas públicas, surgió con fuerza el enfoque del desarrollo humano. El autor más reconocido en ese sentido es el economista Amartya Sen, que se refiere a una calidad de vida que no está centrada en el bienestar económico y en el “tener”, sino en las “capacidades” –*capabilities*–, entendidas como las posibilidades que tienen los hombres para poder elegir libremente las actividades que les permitan alcanzar una vida digna (Sen, 1985, 1988, 1992). Tales capacidades se presupondrían iguales para todos los hombres; sin embargo, el mismo Sen (2000b) considera que dependen de una variedad de factores, entre los que se destacan las características personales y la estructura social. En este sentido, si bien el enfoque de las capacidades está centrado en la persona, el autor reconoce el condicionamiento del contexto socio-histórico dado por la sociedad en que se vive. Como Sen no elaboró un listado de capacidades –que en su opinión deberían ser determinadas en debate público–, otros continuadores del enfoque se han preocupado por avanzar en el tema, y citaremos algunos para resaltar la importancia de la sociabilidad como un recurso central que debe ser desarrollado por las personas en un ambiente de libertad.

Haciendo una propuesta ligada directamente al desarrollo humano, Eric Allardt (1996) sostiene que las condiciones centrales básicas para el desarrollo del hombre son “tener, amar y ser”. “Amar” es descrito como la necesidad de relacionarse con otras personas y de formar identidades sociales, mientras que “ser” remite a la posibilidad de desarrollo personal, la superación del aislamiento mediante la participación efectiva en aspectos que son importantes para el desarrollo de la propia vida, como el trabajo, la educación y la participación social. “Tener” hace referencia a la posesión de bienes materiales e impersonales que son necesarios para la supervivencia. Por su parte, Nussbaum concibió una lista de capacidades centrales a partir de las virtudes aristotélicas y otorgó un papel preponderante a dos de ellas: la “razón práctica”⁴ y la “afiliación”, porque las considera necesarias para que las demás se desarrollen de una forma verdaderamente hu-

⁴ La razón práctica implica la capacidad de reflexión crítica para planificar la propia vida.

mana; la segunda se refiere específicamente a la sociabilidad. Otros autores, como Doyal y Gough (1994), construyeron una lista de necesidades que deben ser satisfechas para “evitar el daño grave”. Este daño se refiere tanto al impedimento para una participación exitosa como a la incapacidad de las personas de perseguir el bien. El economista chileno Max Neef (1987) elaboró una completa lista de necesidades y sus satisfactores, entre las cuales destacamos la que se refiere al tema de este documento: “participación”, como una categoría axiológica en los niveles del “ser”, “hacer” y “estar”. Jackson (2005), también economista, propone una clasificación de las capacidades en tres niveles: estructural, social e individual. Las del primer nivel se refieren a la posición que ocupa una persona en la sociedad, que es la que le otorga la posibilidad de realizar determinadas actividades o tomar decisiones; las del segundo nivel funcionan como engranaje entre las otras dos y refieren al lugar de la persona en las redes sociales. Como hemos visto, en todos estos autores –y lejos de ser una lista exhaustiva– la sociabilidad aparece como una capacidad o necesidad preponderante a la hora de definir una vida verdaderamente humana, una vida que se desarrolle plena y dignamente.

Esquemáticamente, las personas tienen una red personal formada por un núcleo de lazos fuertes (más cercanos, frecuentes y con personas que comparten su mismo estrato socioeconómico) y otros “conocidos”, que suelen pertenecer a diferentes estratos. Por esta razón y desde el punto de vista de los pobres, los lazos débiles representan ventajas que la gente de su misma condición no ofrece: el conocimiento sobre oportunidades que para ellos son desconocidas o a las cuales no tienen acceso por su misma condición de pobres. A esto se refiere Granovetter (1983) al mencionar “la solidez de los vínculos débiles”.

Se dijo precedentemente que una de las funciones de las redes sociales es el apoyo emocional, es decir, los intercambios que implican una actitud emocional positiva, simpatía, comprensión, estímulo y apoyo; “el apoyo emocional es poder contar con la resonancia emocional y la buena voluntad del otro; es el tipo de función característica de las amistades íntimas y las relaciones familiares cercanas con un nivel bajo de ambivalencia” (Sluzki, 1998:49). En la obra clásica de Mauss (1974) sobre las redes de relaciones de intercambio recíproco y de apoyo, se sostiene que éstas se basan en “dar, recibir y devolver”; por ello mismo consideramos que van construyendo la cohesión social imprescindible para vivir en sociedad y de la cual ya hablaba Durkheim.

En el marco latinoamericano, los estudios realizados en escenarios carentes describen estas redes y coinciden en que constituyen un elemento estratégico para subsistir en la pobreza. En este sentido, cuando se menciona su importancia, se tiene implícita la propuesta original de Lomnitz, que las considera como “el conjunto de relaciones de intercambio recíproco de bienes y servicios en un espacio social determinado” (Lomnitz, 1975:141); son más escasas las interpretaciones que incorporan –como proponemos aquí– los vínculos emotivos y las transferencias simbólicas. Éstos constituyen el rostro menos estudiado de las relaciones sociales debido a la falta de datos adecuados. En la Argentina, Elina Dabas incorpora el concepto de redes sociales comunitarias que conforman las personas cuando las instituciones –oficiales o no– son incapaces de darse cuenta de cuáles son los problemas de las comunidades o de solucionarlos. La autora expresa: “El proceso de desestructuración de lo macro [...] incluye un proceso de creciente estructuración de lo micro” (Dabas, 2002:444). Esto implica reconocer en los actores comunitarios la capacidad de transformar su realidad mediante acciones concretas.

Ambas autoras consideran que las redes de reciprocidad desempeñan un papel importante en la superación de necesidades materiales no atendidas o satisfechas por las instituciones del Estado y del mercado. No obstante, queremos destacar, coincidiendo con otros autores, que la motivación para formar parte de una red o mantener relaciones sociales múltiples no es sólo material, sino que el apoyo emocional y afectivo cumple un rol muy importante (Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2003), así como la confianza interpersonal y social.

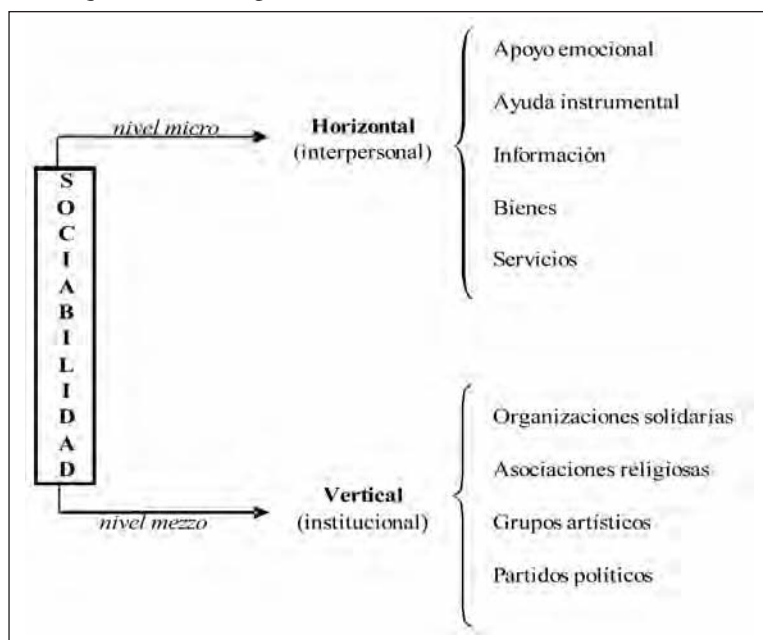
El enfoque para estudiar estas relaciones sociales concibe la estructura social como pautas o modelos de relaciones específicas que ligan unidades sociales –actores individuales y colectivos–. Esta aproximación estructural interpreta el comportamiento de los actores a la luz de sus posiciones variables –estratos socioeconómicos– dentro de la estructura social, poniéndose en evidencia las limitaciones de la misma sobre la acción individual, y también las oportunidades diferenciales a las que tienen acceso los actores.⁵

⁵ Dadas estas desigualdades, Martha Nussbaum, en la obra citada, sostiene que se debe asegurar la “base social” para el desarrollo de las capacidades, orientando su pensamiento a las oportunidades equitativas –no igualitarias– que debe ofrecer el Estado.

2. Tipos de sociabilidad

En este trabajo se distinguen dos niveles en los que se manifiestan las relaciones de sociabilidad: un nivel micro, que llamamos *Horizontal*, y un nivel intermedio o *Vertical*. La sociabilidad horizontal es interpersonal, se establece entre pares, y puede formar redes como un entramado de relaciones diádicas. Son relaciones de tipo primario, “cara-a-cara”, que se caracterizan por su mayor cotidianeidad. En este tipo de relaciones existen varias clases de vínculos de acuerdo con la sustancia relacional o contenido de la relación social,⁶ tal como se sugiere en el esquema siguiente.

Esquema sintético para clasificar las relaciones de sociabilidad



La sociabilidad vertical se refiere a relaciones que se establecen, generalmente, entre las personas y las instituciones o sus represen-

⁶ Esta sustancia que “fluye” entre las unidades de la relación es la materialidad sociológica de la interrelación. Se trata de los distintos tipos de comportamiento que se dan entre los individuos, en la medida en que tienen a otro como destinatario o cuyo efecto recae en él directa o indirectamente, y que son de interés para este estudio.

tantes, y suelen ser frecuentes. En ellas existe un doble vínculo: la representación, a través de la cual los individuos son reconocidos por las instituciones, y la participación, mediante la cual las personas adhieren a los proyectos de las instituciones dándoles legitimidad y fortaleciendo la vida institucional. En este nivel la sociabilidad es de tipo asociativa, y para los fines de este estudio se consideran las asociaciones o grupos formales más representativos por la mayor participación que alcanzan; su selección se debe también a que constituyen un recurso inmediato o cercano a las posibilidades de todas las personas, sin costos de membresía, y que dependen de la propia voluntad. Dada la baja participación de la población argentina en general, se han seleccionado las tres clases de asociaciones que mayor adhesión convocan y se incorpora un cuarto indicador de pertenencia a un grupo artístico.

Clasificar de esta manera los recursos de sociabilidad nos permite estudiar simultáneamente las interacciones o fenómenos de rango “micro” y las estructuras de nivel intermedio o *mezzo* en las que las interacciones se hallan inmersas, incluidas las instituciones. Es decir, las interacciones individuales y las instituciones y estructuras sociales al mismo tiempo, siguiendo el principio de “dualidad de la estructura” de Giddens (1998), donde surgen tanto lazos “débiles” como “fuertes”.

La primera clase de relaciones que figuran en el esquema son los vínculos de *apoyo emocional* que permiten hacer frente al dolor, compartir la intimidad, los momentos felices y evitar la soledad (Sluzki, 1998; Fromm, 1999; Enríquez Rosas, 2000). Pueden considerarse una manifestación de solidaridad afectiva⁷ cuyo contenido es el apoyo emocional. Para analizar este tipo de vínculos, algunos autores distinguen entre “interactores frecuentes” y “relaciones de intimidad”. La capacidad de desarrollar vínculos de apoyo emocional se da cuando hay intimidad entre las personas y no sólo contactos habituales. La segunda clase es la *ayuda instrumental*; son rela-

⁷ Se utilizan varias dimensiones de solidaridad por analogía con el modelo microsocial de solidaridad creado por Vern Bengtson, de la Universidad de California, en 1970 y modificado recientemente por Bengtson y otros (2002). Los autores distinguen seis dimensiones: solidaridad afectiva (afecto recíproco), estructural (corresidencia y proximidad geográfica), asociativa (actividades realizadas en común), consensual (concordancia de opiniones), funcional (intercambio de bienes y servicios) y normativa (partir de los mismos valores).

ciones que responden al tipo de solidaridad funcional porque tienen, básicamente, un componente de utilidad y sirven a las personas para solucionar problemas.

Luego se consideran las *relaciones de intercambio de información*, como las oportunidades de trabajo, el modo de acceder a un beneficio social o recibir consejos. Dentro de las redes también fluyen relaciones de ayuda material que se manifiestan en el *intercambio de bienes* como dinero, comida, útiles escolares o ropa, y las de *apoyo en servicios*, que son acciones concretas, como cuidar enfermos, llevar chicos de otros padres al colegio o ayudar a alguien en las tareas domésticas. Estos mecanismos, si bien tienen un significado afectivo, son también una manifestación de solidaridad funcional porque coadyuvan a las tareas de la vida cotidiana o se manifiestan en situaciones de emergencia.

Por último, como parte de la sociabilidad vertical, objetivamos la capacidad de participación de las personas, que remite a tres tipos de solidaridad: la asociativa, la normativa y la consensual, y distinguimos las *organizaciones solidarias o de caridad, asociaciones religiosas y partidos políticos, porque son en las que logran concitar mayor participación*. En cambio, la pertenencia a grupos artísticos se eligió porque en ellos las personas comparten un interés común (pintura, música, murga, teatro, baile, etc.) que los une y les da la posibilidad de establecer relaciones más cercanas de tipo horizontal.

Algunos autores señalan que este recurso de afiliación a grupos u organizaciones es parte del capital social que las personas pueden usar para obtener sus propios fines o realizar acciones altruistas. Se trata de la participación en organizaciones o grupos de la comunidad muy variados, que permiten que las personas realicen actividades que repercuten en su desarrollo personal o de otros grupos de personas de acuerdo con los intereses. Son espacios de socialización que permiten acceso a informaciones útiles —que no se tendrían si no se participara en ellos— antes que acciones de reciprocidad. Sin embargo, son generadores de confianza entre las personas, y por ello “la densidad de la vida asociativa puede ser un importante potencial para el desarrollo humano, pero a condición de que se fomenten los valores democráticos y cívicos internos, y la responsabilidad y búsqueda del bien común” (PNUD, 2001:103).

Esta clasificación de tipos y clases de sociabilidad de acuerdo con el contenido de la relación no pretende ser exhaustiva, particularmente en cuanto a la sociabilidad vertical, ya que hay innumera-

CUADRO 1: Incidencia de las relaciones sociales horizontales por contenido del vínculo según estrato socioeducativo (en porcentaje).

Contenido del vínculo / Estrato socioeducativo	AMBA - Junio 2005						
	Muy Bajo	Bajo	Medio Bajo	Medio Alto	Ratio 4/1	Ratio 3/1	Ratio 4/3
	1	2	3	4			
Dio apoyo emocional	74.7	70.0	78.7	85.0	1.138	1.054	1.080
Recibió apoyo emocional	64.7	67.3	70.0	79.0	1.221	1.082	1.129
Contó con gente para resolver problemas	37.3	56.0	55.3	65.0	1.741 *	1.482 *	1.175
Recibió ayuda para encontrar trabajo	33.3	38.0	31.3	34.0	1.021	0.940	1.086
Prestó o regaló dinero	26.0	25.3	33.3	60.0	2.308 *	1.281	1.802 *
Dio alimento o ropa	38.0	35.3	48.7	71.0	1.868 *	1.282	1.458 *
Ayudó en tareas domésticas	36.0	36.0	37.3	44.0	1.222 *	1.036	1.180
Recibió ayuda en tareas domésticas	26.7	29.3	27.3	35.0	1.313 *	1.025	1.280 *
Ayudó en arreglos o construcción de la vivienda	20.0	17.3	17.3	17.0	0.850	0.865	0.983

n = 550

* El ratio es estadísticamente significativo ($p < 0,0125$, corrección de Bonferroni: 0,05/4).

Fuente: EDSA, Observatorio de la Deuda Social. UCA.

bles organizaciones a las que las personas pueden afiliarse o en las cuales pueden participar simultáneamente.

3. Recursos de sociabilidad horizontal

En el cuadro siguiente se presentan los primeros resultados sobre la incidencia de cada uno de los indicadores seleccionados en la población diferenciada por los cuatro estratos socioeducativos clasificados por la EDSA. En el análisis se incorpora una tercera variable: el tipo de vínculo entre quienes mantienen la relación –parientes no convivientes, amigos, vecinos, compañeros de trabajo o estudio y otros no especificados– y una serie de variables de corte que hacen referencia a características personales y de los hogares de los entrevistados para inferir la relación con cada indicador en los diferentes niveles de la escala social. Se introducen brevemente algunos comentarios de las entrevistas en profundidad para ilustrar los resultados y reafirmar la complejidad de las situaciones personales y familiares que escapan a la descripción cuantitativa, por rica que ella sea.

3.1. Relaciones interpersonales de apoyo emocional

Las relaciones de apoyo emocional son analizadas mediante dos indicadores: “Dar apoyo emocional” que representa la capacidad de dedicar tiempo para escuchar los problemas de otros, y “Recibir

apoyo emocional” que es contar con la disposición de otras personas para que escuchen los problemas propios.

De acuerdo con algunos estudiosos de los sistemas de redes sociales, las personas tienden a mantener vínculos afectivos ajenos al círculo íntimo familiar sólo cuando han satisfecho las necesidades más elementales que aseguran su subsistencia. Esto no es un hecho menor. Eric Allardt encontró en un estudio sobre los países escandinavos que la cantidad y la fuerza de las relaciones sociales de compañerismo y solidaridad tienen una correlación de cero con el nivel material de vida (1996:130), pero cuando hay un empeoramiento significativo de esas condiciones se espera que cambien las relaciones sociales, al menos en cuanto a su intensidad, que sería el caso analizado.

Sin descartar la hipótesis de independencia entre el desarrollo de los vínculos de apoyo emocional y la estratificación socioeconómica, es posible sustentar que las graves privaciones que caracterizan a las personas de los estratos socioeducativos muy bajo y bajo del AMBA disminuyen el desarrollo de la solidaridad afectiva. En el Cuadro 1 se observa que una mayoría de la población de los estratos bajos es capaz de dar apoyo emocional mediante la conversación amistosa y también tiene la probabilidad de recibirlo; aunque ésta es una práctica más frecuente en el estrato medio alto, la diferencia entre ellos no es significativa. Así se cumpliría la hipótesis de independencia entre la solidaridad afectiva y la estratificación a partir de un piso de superación del déficit extremo en la satisfacción de necesidades elementales para la vida.

Otros trabajos empíricos sostienen que, dado un ámbito socioeconómico desfavorable, a medida que las personas mejoran su situación, tienen mayor disposición para mantener relaciones afectivas de apoyo emocional, y que el desarrollo de la solidaridad afectiva disminuye cuando las personas transitan por situaciones de graves carencias.⁸

⁸ En ese sentido, Enríquez Rosas (2000) también halló, en un estudio sobre mujeres pobres de México, que las crisis económicas las han afectado a tal punto que no han podido mantener las relaciones que implicaban reciprocidad. Por su parte, Bazán (1998) –citado por la misma autora– encontró que la tendencia actual de las familias urbanas empobrecidas es volcarse irremediablemente hacia su interior en busca de soluciones que les permitan sobrevivir. En una investigación sobre malestar subjetivo en contexto de crisis y desempleo, Boso y Salvia (2003) señalan que los adultos de 25 a 40 años de la Ciudad de Buenos Aires, pertenecientes a sectores marginados, presentaban el menor índice de satisfacción en la relación con otras personas, refiriendo como causa la propia situación de carencia.

Las conversaciones de apoyo emocional –para contar los problemas propios o escuchar los ajenos– son más frecuentes entre amigos y parientes, cualquiera sea el estrato socioeducativo de las personas involucradas. En este sentido, es interesante destacar que, en los estratos más desfavorecidos, la tercera relación en importancia se establece con los vecinos, y en el grupo medio alto, con los compañeros de trabajo u otros conocidos (Gráfico 1). La multiplicidad de las amistades adultas implica la coincidencia de distintas actividades o intercambios entre las relaciones y permite que los familiares, vecinos o compañeros de trabajo se conviertan a veces en los mejores amigos. De acuerdo con Verbrugge (2001), esta situación puede producirse por la frecuencia del contacto, la concurrencia de intereses o preferencias y la conveniencia de vínculos integrables. En los estratos bajos, los vecinos tendrían un mayor acercamiento a la amistad que en el estrato alto, y en éste, ese rol lo cumplirían los compañeros de trabajo. El mismo autor ha observado que la educación y el prestigio ocupacional están inversamente relacionados con la probabilidad de tener vínculos con vecinos-amigos, dado que a mayor nivel en ambos, hay mayor posibilidad de relacionarse con otros grupos de personas.

En general, y sin diferencias condicionadas por la pertenencia a un estrato socioeducativo o socioeconómico, las mujeres son más proclives que los hombres a dar y recibir apoyo emocional; esto también se asocia con el mayor nivel de educación y con las edades adultas y jóvenes.

Con relación a la forma de familia a la que pertenece el encuestado, no hay diferencias entre aquellas que tienen núcleo completo, aunque cabe destacar que existe una significativa desigualdad entre las familias monoparentales que pertenecen al estrato muy bajo y las del medio bajo. Estas últimas reciben apoyo emocional en un 86%; en cambio, las más desaventajadas apenas llegan al 55%. Esto es un dato importante, porque la mayor responsabilidad de las mujeres jefas de familias incompletas conlleva una serie de tensiones que son mayores cuanto más bajo es el desarrollo de otras capacidades como para obtener un buen trabajo, con un ingreso suficiente, y atender a la salud y educación de los hijos, entre otras actividades inherentes al desarrollo de la vida cotidiana. La mayor parte de su tiempo lo ocupan en asegurar la supervivencia de su familia. Indudablemente, son el grupo que más ayuda necesita, no sólo material, sino también subjetiva en lo que se refiere a la contención afectiva

y el apoyo emocional, ya que las rupturas de pareja debilitan los vínculos con la familia política y se reduce la red social disponible.

Las personas mayores de 60 años son las que tienen menor probabilidad de recibir ayuda emocional. Hay evidencias empíricas encontradas en los últimos diez años en investigaciones realizadas en los países desarrollados mediante el uso de grandes encuestas. Se observó que las personas mayores habían incrementado continuamente sus redes hasta los 60 años y luego se había mermado el número de contactos con amigos y compañeros de trabajo, para ser reemplazados por los familiares y algún amigo íntimo.

Traemos aquí dos entrevistas, realizadas a una joven y a una persona mayor, que merecen ser destacadas. **Florencia (21)** vive en un toldero debajo de una autopista y su origen es una familia de clase media baja. Este caso está en sintonía con la hipótesis planteada acerca del aislamiento o la fragilidad de las relaciones cuando se está en una situación de extrema carencia material. Florencia tiene escaso apoyo emocional y carece de otros tipos de ayuda para enfrentar la lucha por la sobrevivencia diaria. Dispone sólo de la familia política y veremos las razones de esta sórdida situación:

“Primero vivía con mi mamá y mi hermana. Me embaracé a los 16 y mi mamá me quería matar [entre risas, dice: “literalmente”]. Estaba en una secundaria privada y mi mamá me sacó diciendo que era una vergüenza y que no iba a permitir que los demás me vieran así. Igual, el colegio también quería que me fuera y tuve que dejar tercer año cuando me faltaban dos semanas, y lo tuve que repetir el año siguiente en una escuela pública donde sí te dejan caminar con panza y con el hijo. Hasta ahí, vivíamos mi mamá, mi hermana, mi hijo y yo. Pero después me volví a embarazar a los 19, de Candela, y mi mamá se enojó tanto que me echó de casa, y así fue como terminé en el Hogar Eva Duarte. Me quedé ahí un año y medio, hasta que Candela estuvo más estable [nació con un problema urinario], y después, a los 21 años, me dijeron que me tenía que ir [el novio había conseguido un trabajo muy cerca del Hogar para verla todos los días]. Ahí nos fuimos a una casa, que no sabía que era ocupada, con mis dos hijos y el papá. Un señor nos había dicho que era el dueño y le pagábamos alquiler, pero después apareció el verdadero dueño y nos desalojaron [estuvieron menos de un año]. Ahora estoy viviendo en una casita con mis dos hijos, ahí en la calle, y mi suegra, con sus tres hijos y mi cuñada, en otra casita ahí al lado mío, nomás”.

Según lo explicó, funcionan sobre la base de la división del trabajo. La suegra trabaja “en negro” en una panadería y recibe \$ 30 por día, que utilizan para comprar comida. Florencia consigue trabajos más calificados, a los cuales accede por avisos –operadora de juegos en un shopping, atención al cliente en una empresa–, y al mismo tiempo, subsidios del gobierno. Los empleos sólo le duran meses porque su hija Candela tiene una afección urinaria y está en permanente atención. Su cuñada llegó del interior hace unos dos meses y se ocupa de los chicos y la comida. Ésta es la estrategia que han adoptado para enfrentar la dura situación en que se encuentran.

“De los problemas personales hablo sólo con mi cuñada, porque nos podemos relacionar en muchas cosas; ella también tiene mi edad y tiene un hijo, y las dos queremos salir de acá. Fuera de ella, no tengo muchos amigos... Antes, cuando vivía en San Telmo con mi mamá, tenía amigas de la escuela, pero después me fui y hoy sólo sigo hablando con una, que fue mi mejor amiga desde los 10 años, pero, como estamos tan lejos, hablamos por celular o internet, y por la plata que se gasta no podemos hablar mucho [...]. La verdad, en la única persona que confío es en mi cuñada, porque compartimos la situación y las dos nos hacemos cargo juntas, y siempre hablamos de nuestros problemas. Mi familia no me quiere hablar y con mis amigos fui perdiendo contacto”.

Cuando se refirió a la expulsión de su hogar, expresó:

“De repente pareció que de un día al otro había perdido todo: me quedé sin colegio, sin amigos, sin nada. Cuando me fui al Hogar, por suerte había gente que nos ayudaba y aconsejaba”.

¿Florencia pudo elegir cómo y dónde vivir con sus hijos y su pareja? ¿Existió para ellos la opción del matrimonio? Parece que no hubo oportunidades que le facilitaran la formación de una familia: ningún trabajo estable, ni crédito para obtener una vivienda social, ni guardería para llevar a sus hijos. Sólo contó con apoyo hasta que cumplió los 21 años, pero la ayuda fue para ella sola con sus hijos; ninguna alternativa que contemplara a la familia que podrían haber constituido a pesar de su adolescencia.

Betty (67) tuvo un pasado lleno de viajes, relaciones y comodidades. Pertenece a una familia tradicional del norte argentino, nunca tuvo necesidad de trabajar, estudió magisterio, habla tres idiomas y tiene una cultura general amplia. Se casó con un señor europeo de fortuna, tuvo una hija y vivió una vida lujosa. Un revés

económico hizo que el marido perdiera sus bienes y regresó a Europa sin volver a comunicarse con ella. No hubo separación legal del matrimonio, pero al cabo de diez años sin noticias de su marido, Betty formó pareja con un señor viudo, también del mismo círculo social, que tenía dos hijas. Él murió en un accidente y las hijastras la intimaron a abandonar la casa, dejándole llevar sólo algunos cuadros y pertenencias que ella había traído consigo. No obstante, ella recibe una pensión, que es de la que hoy vive. Sus ahorros de otra época se le acabaron. Ella nos dijo:

“Al menos me podrían haber dado para un departamento adonde vivir; no digo el que teníamos, pero algo para no terminar como estoy ahora, alquilando un cuarto en una casa donde también alquilan otras tres mujeres. Además, no quiero verme con nadie, con ninguno de mis antiguos amigos, porque me da vergüenza, no tengo ropa ni dinero. Antes me invitaban... ahora ya ni me llaman. Sólo me veo de vez en cuando con mi hija, porque tampoco la quiero incomodar, y con una íntima amiga. Sólo voy a la Iglesia a rezar y pedirle a Dios que pueda tener un departamentito para vivir mejor. El lugar en que vivo no se lo puedo mostrar, tengo sólo un dormitorio y comparto el baño y la cocina. No podemos recibir visitas en ningún lugar. Bueno, a esto llegué, es lo único que puedo hacer con la pensión que me quedó. Gasto todo en el alquiler, comida y remedios; ropa ya no me compro desde hace mucho tiempo. Yo creo que si no fuera porque hay todavía buenos médicos en los hospitales, ya estaría muerta [...]. Pero me paso horas esperando turnos [...].

Con mi hija no puedo contar. Ella tuvo también mala suerte con su pareja, nunca se casó y vive de su sueldo. Trabaja en un buen lugar y ha podido visitar a las primas de parte de su padre (en Europa). Su padre ya falleció y dicen que yo tendría que recibir una herencia. Pero en realidad es mi hija la que se está encargando de eso. Eso cambiaría mi vida, pero ya no volveré a ser la que era antes; sólo me interesa tener una vida tranquila, con un lindo lugar para vivir, ir algunas veces al cine, tener mis libros y mi música. [...] Claro, a mi familia la visito cada dos o tres años, según como esté de salud, pero nadie sabe mi verdadera situación económica. Algunos de acá [se refiere a Buenos Aires] pensarán que me he muerto porque desaparecí de todos ellos”.

3.2. Relaciones interpersonales de ayuda instrumental

La medición realizada sobre la población del AMBA arroja un resultado muy claro acerca de la relación directa entre la existencia de vínculos de apoyo instrumental y la estratificación social. Cuanto más alta es la posición en la jerarquía social, mayor es la probabilidad de contar con alguien que ayude a solucionar una situación difícil o un problema (65% en el estrato muy alto vs. 37% en el muy bajo). Se perfila claramente que las personas de los sectores más desfavorecidos en general tienen menor probabilidad de tener lazos sociales funcionales para resolver algún problema, especialmente si son varones, ya que, por cada uno del grupo muy bajo que cuenta con alguna persona que lo ayude, hay dos en el estrato medio alto con el mismo recurso. Entre las mujeres no hay tanta diferencia. Teniendo en cuenta la situación laboral, los más vulnerables son los desocupados, cualquiera sea el estrato de pertenencia; también los que forman parte de un hogar familiar incompleto y con clima educativo bajo.

Con respecto al contexto familiar, parecería influir sólo en el estrato muy bajo, es decir, que la estratificación debilita las relaciones sociales primordialmente de quienes viven solos y de los que pertenecen a familias monoparentales. Las personas que tienen una familia completa son las que más señalaron que tienen a alguien que las apoyaría en caso de serias dificultades. Hay evidencia empírica suficiente para considerar que los lazos familiares son los más duraderos, pero que cumplen funciones diferentes en las distintas etapas de la vida; por ejemplo, en la tercera edad son de soporte y ayuda (Suitor, Wellman y Morgan, 1997; Morgan, Neal y Carder, 1997, citados por Molina, 2005).

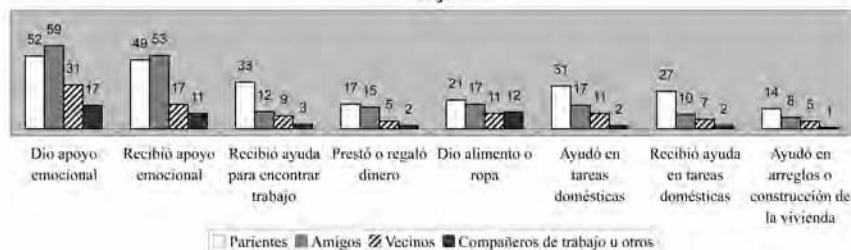
La falta de solidaridad funcional hacia las personas mayores de 60 años del estrato muy bajo las convierte en el grupo más vulnerable, y se acentúa cuando tienen riesgo de padecer *malestar psicológico*⁹ –ansiedad o depresión– y viven sin su cónyuge o pareja: apenas dos de cada diez personas tienen alguien a quien recurrir si

⁹ El riesgo de malestar psicológico se evaluó en la EDSA por la percepción y el reconocimiento de las personas entrevistadas de padecer síntomas de depresión y ansiedad. Se utilizó una escala de diez ítems, que es una adaptación de la *Kessler Psychological Distress Scale* (K-10) realizada por María Elena Brenlla (2006). Una descripción detallada puede obtenerse en el *Informe N° 3 del Barómetro de la Deuda Social Argentina*, ODSA, 2007:270.

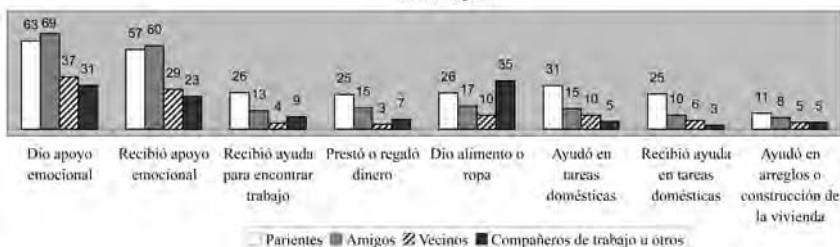
GRÁFICO 1: Tipo de relaciones sociales horizontales
por vínculo y estrato socioeducativo
(%) AMBA - Junio 2005.



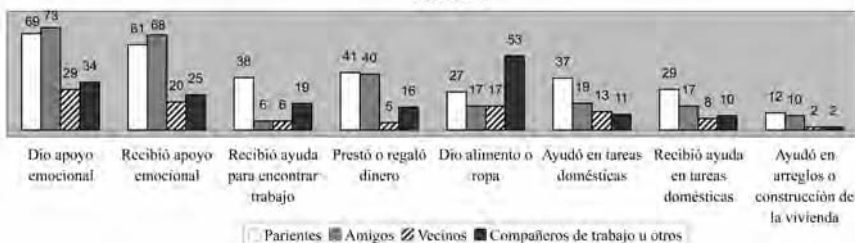
Bajo



Medio bajo



Medio alto



enfrentan un problema o una situación difícil. En contraposición, en los otros dos estratos socioeducativos bajos el valor se triplica, es decir que alrededor de la mitad de esa población cuenta con otra persona para que lo ayude si lo necesita. Es así como queda establecida una vez más la heterogeneidad entre los estratos bajos en detrimento de los más carenciados. Por otra parte, la brecha entre el estrato muy bajo y el medio alto es aún más significativa ratificándose la polarización en este grupo etario.

3.3. Relaciones sociales informativas

Dado que en nuestras sociedades el trabajo es la principal fuente de ingresos de la población en edad económicamente activa y el principal organizador de la integración social y del uso del tiempo, su pérdida en calidad o cantidad hace vulnerables a los afectados a tal punto que los margina de la sociedad de consumo y los coloca en una situación de difícil sobrevivencia y pérdida de autoestima. En este marco, las relaciones sociales que proveen información sobre oportunidades laborales constituyen un indicador potente acerca de la existencia de relaciones interpersonales vigorosas. Por esta razón, usamos como indicador “recibir ayuda para encontrar trabajo”.

Aproximadamente un tercio de la población de cada uno de los estratos socioeducativos recibió ayuda para encontrar trabajo en el año previo a junio de 2005. Dado que no hay diferenciales por estrato, cabe preguntarse: ¿quiénes los ayudaron a conseguir trabajo y de qué calidad?

La mayoría de las personas de los tres estratos bajos fueron ayudadas por parientes y, en menor medida, por amigos, mientras que en el grupo del sector medio alto, además de los parientes, cobran importancia los compañeros de trabajo en lugar de los amigos. En el estrato alto se duplica la probabilidad de recibir ayuda de relaciones “débiles” —en el sentido usado por Granovetter— con respecto a los estratos bajos. Para ellos es una falta de oportunidad no tener estos lazos, porque implican mayor posibilidad de conseguir buenos trabajos, al tratarse de personas mejor ubicadas en la pirámide social que podrían darles información o conseguirles trabajos de mejor calidad, con estabilidad, buenos salarios y dentro del sector formal de la economía; por otra parte, los parientes y amigos mayoritariamente son del mismo nivel socioeconómico y la ayuda que proporcionen será para con-

seguir algo parecido a lo que ellos tienen —esto es característico de las redes con vínculos múltiples—. Tanto es así que en el estrato más bajo la tercera parte de las personas que recibieron ayuda se dedicaban a hacer changas, mientras que la cuarta parte trabajaban por cuenta propia. En el resto de los sectores bajos se diversifica el tipo de trabajo agregándose empleos en el sector público y privado. Por su parte, la mitad de las personas del grupo de control eran empleados del gobierno o patrones. La calidad del trabajo tiene que ver no sólo con tener las capacidades educativas suficientes y adecuadas, sino también con la posibilidad de conocer oportunidades de buenos empleos.

Hay algunas características personales que diferencian a quienes han recibido ayuda para conseguir trabajo: los hombres de los dos estratos más bajos han recibido más ayuda que las mujeres, mientras que en los estratos medios no hay diferencias por sexo; hay una relación positiva con ser jóvenes de 18 a 30 años y tener como mínimo el nivel de educación secundaria completa. Pero, si se compara el grupo de personas a partir de los 60 años, se observa que las que menos ayuda han recibido son las que se encuentran en los dos estratos extremos; puede intuirse que serían inactivas. En cambio, en los estratos bajo y medio bajo, necesitan seguir trabajando; el clima educativo de los hogares de pertenencia es bajo y está asociado con hogares incompletos. Se destaca que ocho de cada diez personas del estrato bajo que recibieron ayuda para conseguir trabajo pertenecen a hogares de clima educativo alto.

La historia laboral de uno de nuestros entrevistados del estrato medio bajo pone de relieve la importancia de vincularse con personas que tienen una posición social y económica diferente y que su madre tuviera ese tipo de vínculos simples.

Diego (26) dejó de ser pobre por ingresos hace varios años. Durante las reiteradas charlas nos informó que su primer trabajo fue ayudar en la verdulería de los suegros en Florencio Varela, barrio donde vivió desde chico (sus primeros años estuvo en la Capital Federal porque su papá era portero en un edificio). Cuando nació su primer hijo, consideró que ganaba muy poco en la verdulería y se asoció con el cuñado para poner otra venta de frutas y verduras utilizando los contactos de los suegros. El alquiler del local y los impuestos no permitieron que fuera rentable el negocio en tan pequeña escala y entonces emigró temporariamente a Santiago de Chile, donde un tío paterno le consiguió trabajo en un restaurante y

le enseñó el oficio de mozo (tenía entonces 22 años). Regresó al poco tiempo porque extrañaba mucho a su familia y buscó trabajo infructuosamente durante varios meses, dejando sus antecedentes en varios restaurantes. Mientras tanto,

“con tal de hacer algo y ganar unos pesos, fui a ‘cartonear’ varios meses, hasta que me animé a decirle a mi mamá que le hablara a un ex patrón [la mamá había sido empleada doméstica durante muchos años en la misma casa cuando su marido era portero y se mantuvo siempre en contacto con sus empleadores]”.

Efectivamente, la madre habló con ellos y así Diego consiguió entrar en un restaurante muy bueno de la ciudad de Buenos Aires, donde luego se emplearon su hermano y el tío “mozo” que había vuelto de Chile. Como Diego estaba muy bien conceptuado, obtuvo los empleos para ellos en cuanto surgieron vacantes y sin necesidad de volver a pedir la recomendación que él había usado.

Diego tiene el secundario completo con muy buen desempeño e inició el ingreso a la universidad para estudiar Mecánica Dental (porque no le alcanzaba el dinero para estudiar Odontología), pero tuvo que abandonar casi al inicio para trabajar porque su novia quedó embarazada y se casaron. La obligación de mantener a una familia le hizo andar la trayectoria descripta. Ya hace dos años que renunció al restaurante porque consiguió un trabajo mejor en una empresa exportadora como inspector de embarque y desembarque. Ese trabajo portuario se lo había enseñado su padre, que siempre trabajó en el puerto en una empresa exportadora, aunque en un nivel inferior al que llegó su hijo. Podríamos decir que su padre es un “idóneo”, una persona que, sin haber estudiado un oficio o tarea, la aprende con la práctica. Cuando el hijo tenía dos años, la señora estaba pensando en terminar el secundario a pedido de la suegra, que insistía en que *“sin educación no se es nadie”*, pero luego volvió a quedar embarazada, y ahora, con los dos hijos chiquitos, decidió quedarse en la casa para criarlos. Éste es uno de los casos en que si el marido, que es el único proveedor, perdiera el empleo, la mujer no tendría habilidades para ofrecer en el mercado laboral y los hijos correrían el riesgo de tener que abandonar el colegio para trabajar.

En cambio, Florencia –ya mencionada– consigue sus trabajos por avisos porque no tiene ninguna relación que pueda ayudarla. Y la mayoría de los entrevistados de los sectores más bajos los obtienen por “cadenas” de información formadas entre los parientes y amigos. El dato “boca en boca” es el más eficaz a la hora de la recomendación.

3.4. Relaciones sociales proveedoras de bienes

El intercambio de bienes entre las personas implica no sólo solidaridad afectiva, sino, básicamente, solidaridad funcional. Éstos son los contenidos más conocidos en los estudios de redes, porque se trata de una práctica supuestamente frecuente entre las personas. Para poder acercarnos a esta realidad seleccionamos dos indicadores: “prestar o regalar dinero”¹⁰ y “dar alimentos o ropa”.

Si bien puede intuirse que quienes tienen más capacidad de dar son los que más tienen, es muy interesante comprobar que también existe desprendimiento o actitud solidaria entre las personas más carentes.

En el Cuadro 1 se observa que, en promedio, tres de cada diez personas de los estratos bajos prestaron o regalaron dinero y que esta proporción se duplica entre las personas del estrato medio alto. La misma tendencia se observa cuando se refiere a dar ropa o alimento, siendo una actitud más frecuente que prestar o dar dinero.

Las diferencias entre los estratos son estadísticamente significativas para los dos indicadores considerados y cabe destacar la que existe entre los de menores recursos abonando la hipótesis de heterogeneidad entre los pobres y la polarización de la sociedad en su conjunto. Los estratos bajos intercambian más con parientes que con amigos; en cambio, entre las personas del estrato medio alto se dan indistintamente con ambos en cuanto al dinero y también con compañeros de trabajo –aunque es menos frecuente–. Kessler (1998) ha encontrado que en los sectores medios de la Argentina hubo un importante proceso de transformación debido a las recurrentes crisis que a muchos convirtieron en nuevos pobres.¹¹ Esa circunstancia ha acreditado como ocasionales prestadores de bienes y servicios a parientes, amigos y compañeros de trabajo, que en

¹⁰ Prestar y regalar dinero son dos acciones muy diferenciadas que, al estar puestas como alternativas en una misma pregunta de la EDSA, reúnen varias posibilidades, como las personas que habían regalado dinero a un necesitado, ayudado a un hijo, a sus padres, o las que le habían prestado a un amigo o a un hermano, entre otras posibilidades. Por esta razón hemos incorporado este tema en las entrevistas en profundidad y analizado los datos de la encuesta usando también esos resultados más que la significancia estadística de estos últimos.

¹¹ Los llamados nuevos pobres corresponderían a las personas del estrato medio bajo.

ciertas circunstancias pueden dar, pero seguramente en otras han recibido. Aquí la reciprocidad no es inmediata, pero el favor puede ser retribuido en cualquier otro momento o ante un cambio de circunstancias, y tal vez no a la misma persona de la que se recibió, sino a otra de su entorno.

Hay muy pocas diferencias en las respuestas por sexo y grupos de edad. Las características personales que afectan diferencialmente el hecho de prestar o dar dinero son el nivel de educación (alto) y la situación laboral (ocupados) y conyugal (separados o viudos). En el estrato muy bajo, las más solidarias económicamente son las mujeres de edades avanzadas, con mayor nivel educativo y que viven en un hogar incompleto. En comparación, entre las personas del estrato más alto hay mayor probabilidad de que presten o regalen dinero lo adultos que trabajan y son separados o viudos —que forman parte de una familia de núcleo incompleto o viven solos—. En todos los grupos, esta actitud está relacionada positivamente con el mayor nivel educativo.

Con relación a dar alimentos o ropa, se observa una mayor probabilidad de que estas acciones estén relacionadas con las mujeres adultas independientemente del estrato al que pertenezcan. En los dos estratos medios también regalan ropa las personas mayores de 60 años, y en el más alto, las jóvenes. Esta actitud prevalece entre aquellos que tienen trabajo y mayor nivel de educación individual y en el contexto familiar.

Algunos casos entrevistados denotan gran solidaridad aun siendo del estrato bajo. Uno es la señora Ester, para quien regalar dinero fue una constante a lo largo de su vida. Sus acciones fueron siempre “con arreglo a valores” y no “a fines”, como habría sido si hubiera decidido ahorrar su dinero en lugar de regalarlo. Si hubiera ahorrado, probablemente —como ella misma lo expresó—, hoy podría tener una casa propia, si la hubiera podido comprar en cuotas. Ahora que ninguno de sus parientes le retribuye la ayuda recibida, no se arrepiente de haberlos ayudado, pues para ella la recompensa es sentir que hizo lo que correspondía.

Ester (84) fue siempre muy generosa con su familia. De niña juntaba maíz ayudando a su familia, que vivía en el campo. Trabajó siempre como empleada doméstica y planchadora. Crió una hija siendo madre soltera y le dio dinero durante mucho tiempo cuando quedó viuda con hijos adolescentes. También le regalaba a un hermano mayor que vivía en su pueblo natal del interior bonaerense. A

pesar de que tiene sobrinos en buena posición económica y también nietos, nadie le ha retribuido su ayuda ahora, que podría necesitarla, porque ya no puede trabajar como antes. Por esa razón aún se emplea para acompañar personas ancianas, ya que su pensión por vejez no le alcanza. Siempre está de buen humor y agradece a Dios por la salud que tiene.

Roberto (35), jardinero, soltero y sin muchos gastos, también contó que siempre se prestan plata entre la familia y que es algo recíproco: *“hoy puedo yo y otro día pueden ellos”*. **Lucila (38 años)**, madre soltera, participó de un grupo de ocho personas entre parientes y amigos que todos los meses ponían una cuota fija en un fondo común. El monto recaudado estaba disponible para que lo usara uno solo de ellos por mes y en un orden que habían sorteado. Al cabo de ocho meses todos habían dispuesto de la suma total de lo aportado y habían podido usar el dinero para comprar algún elemento para la casa, o ladrillos, o algo que necesitaran disponiendo de dinero efectivo. Esta estrategia de ahorro y préstamo en el grupo denota una fuerte confianza entre ellos, que tal vez se acrecienta por el hecho de ser inmigrantes paraguayos.

Eduardo (40) pertenece al estrato alto y comparte con un hermano la dirección de las empresas que recibieron de su padre y su abuelo. Tiene una hija de 21 años de su primer matrimonio, que *“duró únicamente dos años, dado que éramos muy jóvenes. Y con mi señora llevamos dieciséis años juntos y seis de casados”*. Eduardo dona siempre dinero a la Iglesia y participa con sumas importantes de dinero en la colecta anual de *Cáritas Más por Menos*. También, a través de las empresas, hacen donaciones a organizaciones con fines benéficos, entre ellas el Hospital Garrahan, la Maternidad Sardá, hospitales de su provincia.

“Por otro lado, dentro de la empresa tenemos un plan de becas para los hijos de nuestros trabajadores, para que asistan a la universidad y vivan en Buenos Aires, al igual que hay becas allá [se refiere a la provincia donde está parte de la empresa]. Si necesitara dinero, no recurriría a un amigo; lo mismo pasa con el trabajo. Creo que es muy sano mantener separados los ámbitos, ya que si uno trabaja con un amigo puede ganar un empleado y perder un amigo. Lo mismo con un familiar, salvo para los hijos que tienen que trabajar e incorporarse a la empresa si lo desean, pero deben cumplir ciertos requisitos que están establecidos por el código familiar”.

Del análisis global de las entrevistas en profundidad surge la existencia de cadenas de ropa entre la gente, que circulan horizontal y verticalmente, distribuyéndose algunas entre las amistades o regalándola a los que tienen menos. Esto se da especialmente en situaciones de crisis económica e inflación, que repercuten en la pérdida de poder adquisitivo de los ingresos de la clase media, y aunque es más común que reciban los pobres, no es privativo de ellos. Casi todos los entrevistados de clase media alta contaron que regalan ropa para la gente más necesitada; lo hacen directamente a las empleadas domésticas o empleados de pequeñas empresas de las que son dueños, o, si no, a través de la parroquia. Pero también siempre hay ropa que le sirve a alguna amiga íntima, hermana o sobrina. Entre los hombres también se da esta actitud, especialmente porque la ropa ya no les gusta o sienten que no les queda bien; sobre todo regalan ropa formal a los familiares más cercanos con los que tienen mayor intimidad, y la más informal o que está más usada se la dan a otra gente, usando los canales ya señalados. También algunas personas de estratos más altos regalan mucho para que se venda en ferias americanas a beneficio de alguna organización (comedores comunitarios, hogares de jóvenes, etcétera). A dichas ferias no sólo concurren personas pobres, sino también de la clase media, que distan de poder comprar todo lo que les gustaría y que en algún tiempo pasado tuvieron.

Las personas de sectores bajos que reciben ropa también la distribuyen entre la parentela. Éste es el caso de las mujeres que son empleadas domésticas y les regalan ropa de toda la familia para la cual trabajan. El destino es su propia familia y los vecinos, es decir, los que están más cerca.

3.5. Relaciones sociales de servicio

La colaboración más frecuente en este tipo de relaciones sociales se manifiesta en tareas domésticas como llevar los hijos de otros al colegio, cuidarlos ante la ausencia del responsable habitual o atender a un enfermo. También en un hogar es necesario arreglar pequeños desperfectos y esto puede hacerlo un amigo o vecino si uno no es capaz de hacerlo sin recurrir a un servicio técnico. Además, en los sectores pobres suelen ayudarse recíprocamente para construir su vivienda. Estos aspectos son analizados usando los siguientes tres

indicadores: “ayudar en tareas domésticas”, “recibir ayuda en tareas domésticas” y “ayudar en la construcción o arreglo de la vivienda”.

Lo más importante en este caso es que no son vínculos privativos de los pobres ni de los ricos, y que no marcan diferencias entre ellos. Podría serlo la forma de efectivizar la ayuda, pero no la existencia de las redes en sí mismas, de la solidaridad funcional y afectiva que implican y la ayuda que representan. Para apreciar la relación de solidaridad entre las personas, tiene el mismo significado cuidar un enfermo en un hospital que en una clínica privada o llevar los chicos al colegio caminando, o en colectivo, que hacer un “pool” entre las madres y padres que tienen auto. Esto contradice la opinión que sostiene que los pobres son más solidarios que el resto de las personas y que se ayudan más entre sí; lo hallado es que todas las personas se ayudan recíprocamente dentro del círculo de sus “lazos fuertes”, definido por el afecto y la confianza particular. Más aún, en el grupo medio alto la frecuencia es mayor, aunque la diferencia con los estratos muy bajo y medio bajo es pequeña.

La ayuda doméstica se realiza principalmente entre familiares, y en segundo lugar, entre amigos, excepto en el estrato muy bajo, en el cual se prioriza también a los vecinos. Por su parte, la otra diferencia se observa en el estrato medio alto con respecto a la importancia que adquieren los compañeros de trabajo.

En esta ayuda recíproca (dar y recibir) se destacan las mujeres jóvenes solteras hasta 30 años y las personas adultas separadas o viudas. Pero si se considera uno sólo de los indicadores, se observa que: i) si se trata sólo de “dar” ayuda a otros, en el estrato muy bajo las más solidarias son las mujeres mayores de 60 años separadas o viudas y las jóvenes solteras y ii) si se trata de “recibir” ayuda doméstica, las más beneficiadas son las personas adultas de los estratos pobres: mujeres jefas de familias monoparentales o varones y mujeres casados. Las personas mayores de 60 años y pobres son las que menos ayuda reciben, asimilándose esta situación a la que vimos antes con respecto a la falta de apoyo emocional. En el otro extremo, un dato interesante a la luz de la tendencia que indica que cada año son más los jóvenes de la clase media alta que deciden vivir solos es que son los que más ayuda reciben durante el tránsito entre la convivencia con los padres y la postergada formación de la familia propia.

La ayuda para arreglar cosas de la casa o construir la vivienda es más frecuente entre las personas pobres que construyen su vivienda.

Entre ellos, esta solidaridad se expresa más con parientes que con amigos y vecinos.

Estas actividades se asocian con los varones –jóvenes o adultos– con bajo nivel educativo –hasta secundaria incompleta– y que presentan déficit de comprensión verbal; esto representa menores recursos acerca del conocimiento formal, pero no de las tareas que se realizan en el rubro de la construcción. En cambio, en el estrato medio alto, la ayuda se da para resolver problemas menores y no hay diferencias por sexo ni relación con el nivel educativo ni otras de las variables contempladas para este análisis con el objetivo de describir con mayor detalle quiénes y cómo son las personas solidarias que mantienen una sociabilidad horizontal fecunda.

Los siguientes casos presentan situaciones donde se mezclan conductas solidarias y otras que no lo son tanto, con respecto a la vivienda y a las ayudas domésticas. El primer caso es la relación de dos mujeres paraguayas que vivían en una villa y durante el curso de esta investigación la más joven se casó y se fue a vivir a un barrio del sudoeste del conurbano. El segundo es una señora chaqueña que vive con su familia y el tercero es una mujer adulta mayor de clase media. Lo importante para conocer sus vínculos y redes sociales es la perspectiva temporal lograda al saber sus trayectorias de vida. Esto fue posible mediante reiteradas charlas que nos permitieron comprender las distintas situaciones.

a) **Blanca (45)** y **Ana (38)** son primas, de origen paraguayo, que vivieron en la misma villa del centro de Buenos Aires, pero alejadas una de la otra. Ana hace un año que se mudó y Blanca permanece allí. Esta última es casada y tiene varios hijos en edad escolar y Ana tiene una hija que cuando vivía en la villa iba a preescolar. A pesar de llevar los chicos al mismo colegio no pudieron ponerse de acuerdo en los horarios y cada una se ocupaba de los suyos. Ana no consiguió que nadie le llevara la hija al colegio, y aunque podría haber recurrido a una sobrina, que le cobraba por la tarea, prefirió cambiar de trabajo y ocuparse personalmente de la hija. Ambas eran empleadas domésticas.

“Mi hermana se ocupó de mi hija cuando era chiquita y mientras estuvo casada. Cuando se separó, porque el tipo era alcohólico, ya no quiso cuidarla más. Y ahora mi propia sobrina me quiere cobrar por llevarla al colegio”.

Pero Ana tiene mejor relación con los hermanos varones, que la han ayudado para construir dos cuartos, cocina y baño en un terreno en el fondo de la casa de un sobrino, con quien tiene que compartir un pasillo lateral para salir a la calle de la villa. Cuando quiso vender la vivienda, su hermana mayor (madre del sobrino mencionado) se lo impidió, con amenazas, para no tener que compartir el pasillo con un extraño, y así perdió todo lo que había invertido en los materiales de su casa. Su objetivo era venderla para sumar ese dinero con el de su novio y comprar una casita en el conurbano bonaerense para vivir los tres juntos (ella con la hija y el marido); pero la hermana mayor, que la ayudó en un principio, cuando llegó a Buenos Aires, le entorpeció el ascenso social que significaba para Ana casarse con un *“señor que es maestro mayor de obra y que quiere que nos vayamos de la villa. [...] Cuando mis hermanos me ayudaron yo estaba sola, pero cuando apareció mi novio, mi hermana me empezó a hacer la vida imposible. Hasta hizo venir a mi papá del Paraguay para decirle que Palmiro [el novio] lo único que quería era sacarme mis cosas que tengo en Paraguay –tengo cinco vacas en el campo y me las cuida mi hermano–”*.

Pero la realidad fue muy distinta y el actual cónyuge paraguayo de Ana estuvo dispuesto a empezar de nuevo y sacarlas de la villa a ella y su hija. Durante todos esos meses de intrigas familiares, su apoyo emocional fueron Blanca y una ex patrona que la aconsejó en todo momento. Ana perdió a su mamá siendo muy joven y su papá vive en Paraguay, en el campo, con un hijo casado. Cuando llegó acá, trabajó los primeros años como empleada doméstica sin retiro. Después, cuando la niña ingresó a preescolar, su pareja le pagó un curso anual de peluquería para que dejara el servicio doméstico y se ocupara de la hija y de la casa, hasta que pudiera tener su propio trabajo como peluquera. Esta situación de Ana fue bien vista por sus hermanos varones, pero no por su única hermana mayor:

“[...] es envidiosa, quiere que me quede en la villa como ella, pero a mí nunca me gustó vivir así y menos criar a mi hija en ese ambiente. Hay gente buena, pero también hay mucha droga y es peligroso andar de noche. A mí ya me robaron la cartera una vez. Yo tengo que pensar que mi hija va a crecer y ahí no es seguro para nada. Además, cada tanto se arman líos con gente nueva que quiere ocupar lugares y el delegado de la villa llama a la policía, que viene a sacarlos. No es ambiente para los chicos, que quedan muy traumatados y se despiertan llorando a la noche con susto –vaya a saber qué están soñando–”.

Actualmente, Ana está cuidando a un señor mayor porque quieren juntar dinero para terminar la casa. El sueño de la peluquería está postergado.

Por su parte, **Blanca** consiguió trabajos por hora porque Ana la llevó un verano adonde ella trabajaba para que la reemplazara.

“Cuando uno vive en una Villa, la gente se asusta y le da miedo porque desconfía de que uno sea una buena persona. Yo tengo un terciario en medioambiente, no soy ninguna ignorante. Yo primero vine con cama adentro con una señora paraguaya y en esa casa otra mucama paraguaya me enseñó a trabajar como mucama y a servir la mesa. Pero ella después se fue a vivir a un country y tuve que empezar a buscar trabajo por mi cuenta y un lugar para vivir. Entonces, vino mi marido con mis tres hijos más chicos, y mis dos hijas se quedaron en el colegio en Asunción con mi mamá. [...] A mí no me gusta mentir cuando me preguntan dónde vivo. La gente cree que la villa está llena de chorros, pero ésa es una parte. El resto trabajamos todos, pero no tenemos otro lugar donde vivir. Uno vive ahí porque siempre hay algún pariente que le consigue lugar. Para nosotros fue muy duro asegurarnos el terreno; tuvimos que vivir en carpa, sin baño ni lugar para cocinar, yendo a la casa de mis primos, hasta que empezaron a construirme los hermanos de Ana, porque si dejás solo el terreno vienen los bolivianos y te sacan todo. En eso no hay respeto, pero cuando ya tenés tu cuarto, entonces sí. Ellos tienen más plata y agarran los lugares y construyen, y después los alquilan. Yo tengo una cocina, dos cuartos y el baño. Ahora me gustaría agrandar la casa para que vengan mis hijas. Me ilusioné cuando vinieron del gobierno y me dijeron que con tantos hijos podía conseguir ayuda para tener una casita afuera de la villa; me puse muy contenta, pero no pude hacer el trámite porque no tengo papeles. Siempre trabajando, uno se deja estar, y no tengo documento argentino”.

Pasado el tiempo, en una nueva entrevista, Blanca contó que las cosas se habían complicado un poco.

“Una de mis hijas quedó embarazada y entonces armó su propia familia. Todavía no se casaron, pero vivimos todos amontonados. Entonces, del gobierno le prometieron un lugar para ella, ya que tenía su propia familia. A mí, si me proponenirme, no me importa que sea lejos con tal de no estar más en la villa. En realidad es muy feo, yo nunca había vivido así; pero cuando uno decide venirse es porque en mi país no hay trabajo para nadie. Puede ser que las cosas cambien ahora, como dicen”.

b) **Franca** tiene 41 años, está casada con Alberto y tienen 5 hijos:

“Julieta, la más grande, que tiene 19 años, ya tiene un nene y vive en nuestra casa. Ella, cuando quedó embarazada, se fue a vivir con el papá de la criatura a la casa de sus suegros en Ciudadela, en el Fuerte Apache, pero hace un mes y medio más o menos se separó y vino de vuelta con nosotros”.

El resto de los hijos van al colegio, excepto el más chiquito, que tiene 3 años. El suegro de Franca enviudó hace un año y medio:

“Lo más seguro es que venga a vivir con nosotros porque es muy mayor y ya hay cosas en las que no se puede manejar solo. Dos o tres veces por semana, depende, voy a limpiarle un poco la casa; los trámites de la jubilación y esas cosas se las hacemos nosotros para que él no se tenga que mover. Aparte, él tiene problemas de corazón y siempre lo tenemos que acompañar al hospital para hacerse estudios. Preferimos que viva con nosotros antes de que esté solo, que le pase algo y que no nos pueda avisar de ninguna manera, aunque la casa es a pocas cuadras de la nuestra”.

Franca y Alberto viven en unos *monoblocks* (Villa Carlos Gardel) desde hace veinte años y nunca pudieron conseguir el título de propiedad porque hay un juicio contra el Estado por usurpación de los terrenos donde se construyeron esos conjuntos de vivienda. En realidad, parece que nadie cuidara nada, el entorno es muy sórdido.

“Estamos luchando para que nos den algunos de los chalecitos nuevos que se están construyendo en el terreno, pero el puntero nos dice que va a ser muy difícil porque primero van a ubicar a la gente que vive en los ranchos pegados a los monoblocks. Nos queremos ir a los chalés porque son nuevos y tienen todos los servicios mínimos: tienen luz, agua, gas y cloaca. Los monoblocks se hicieron con todos los servicios, pero por la falta de mantenimiento, casi todo funciona mal. Las cloacas están llenas y los pasillos están llenos de cables: todo el mundo está colgado de la luz y del cable porque las conexiones mayores están cortadas en muchos lugares. Imaginate el peligro que es esto para los pibes, que no se dan cuenta de nada y andan por todos lados”.

Franca tiene hermanos que viven en el mismo barrio, y como su marido vivió ahí desde chico, tiene bastantes amigos.

“Nosotros hace muchos años que vivimos acá y tuvimos siempre los mismos amigos; nunca tuvimos problemas graves con nadie en especial. Aparte, mi marido vivió acá de pibe con los viejos, y la mayoría de sus amigos de la juventud también están acá con la fa-

milia. Yo tengo amigas, pero me llevo mucho con dos o tres, más que nada. [...] Nos llevamos con casi todo el mundo. [...] Mi marido es re fanático de Almagro y lleva a mis hijos a la cancha seguido; los fines de semana va al club, van a jugar y a tomar algo allá con los hinchas de Almagro. [...] Mis chicos van mucho a lo de mis hermanos, porque se entretienen con los primitos, y a veces les pido que me los cuiden cuando necesito hacer algún trámite o algo así”.

c) **María**, una señora divorciada de casi 70 años, que vive de su jubilación y esporádicamente vende ropa entre sus amistades, ocupa gran parte de su tiempo acompañando amigos o parientes cuando están enfermos. Ella tiene algunos ahorros para gastos extraordinarios de salud, porque tiene una enfermedad crónica y su obra social no le cubre todo lo que necesita. Hace algunos años ayudó en un comedor parroquial para personas indigentes que se encuentra en Barrio Norte, donde vive. Se trata de una mujer con gran capital social, que hace circular bienes desde los que más tienen hacia otros que tienen menos. Su solidaridad hacia otros es tan amplia que, sin pertenecer a ninguna asociación particular, ayudaba como voluntaria a personas enfermas que vivían en un hotel pagado por la entonces Municipalidad de Buenos Aires. Hace alrededor de diez años, ella y una amiga acompañaban y ayudaban a una joven con cáncer: le llevaban algunas veces comida y otras veces ropa que conseguían entre sus amistades. La chica enferma tenía un hijo de 2 años que vivía con ella, y cuando murió, él fue adoptado por un matrimonio sin hijos, con muy buena posición económica, amigos de la entrevistada. Esto le ha permitido seguir viendo al niño. Actualmente sus problemas de salud se han agudizado y, como vive sola y con relativamente poco dinero, sus amigos y parientes la ayudan. La invitan al cine, a comer, a pasar fines de semana largos afuera, le regalan ropa, etcétera. Su única preocupación es que, si se agrava su enfermedad, el dinero no le alcanzará, y aunque busca un lugar para personas con atención personalizada, no encuentra ninguno, excepto pensiones privadas a costos que le son totalmente inaccesibles.

“No sé qué será de mí, lo único que espero es que un día Dios me lleve, y eso me pase antes de agravarme. Por el momento me arreglo sola, con mucho dolor, pero lo hago”.

4. Recursos de sociabilidad vertical

La capacidad asociativa de los argentinos, medida por su participación en distintas organizaciones, es baja en comparación con la de otros países latinoamericanos. No obstante ese débil “nosotros colectivo”, hemos querido investigar si se presentan situaciones de mayor vulnerabilidad entre los pobres por falta de participación, dado que nuestra hipótesis es que, a menor nivel socioeconómico, más bajos los niveles de participación. Esto puede gestar un círculo vicioso, ya que la falta de acceso a ciertas organizaciones implica menores oportunidades para las personas; por consiguiente, en las sociedades segmentadas, los grupos socialmente vulnerables tendrán un debilitamiento de la sociabilidad vertical, que implica incapacidad de emprender acciones colectivas y estar más expuestos a la exclusión social.

Como indicadores de sociabilidad vertical se analiza, a continuación, la *participación en organizaciones solidarias, actividades religiosas, grupos artísticos y partidos políticos*.

4.1. Participación en organizaciones solidarias

La bajísima participación de las personas del estrato muy bajo refleja su aislamiento o exclusión que les impide desarrollar su capacidad asociativa; una actitud ciertamente diferente se da entre las personas del estrato bajo, que están más acostumbradas a reclamar por sus derechos usando una voluntad instrumental que las lleva a participar en programas comunitarios que las benefician. Las primeras se encuentran en el círculo vicioso donde la sociabilidad se debilita, como hemos hallado también en la sociabilidad horizontal.

En términos generales, ni la edad ni el nivel educativo de las personas influyen en este tipo de participación. Sin embargo, los jóvenes de los estratos medios tienen el doble y el triple de participación que los de los dos estratos más bajos. Sin duda, se trata de voluntarios que trabajan con y para la gente de los estratos bajos, pero conjuntamente con los adultos.

Las variables más relevantes son el sexo (las mujeres participan más), el riesgo de sentir ansiedad o depresión (hay reconocimiento en la psicología de que la tarea de los agentes voluntarios suele producirles angustia y malestar por las realidades que enfrentan y por ello hay tanto abandono), la condición laboral (estar desocupados) y

CUADRO 2: Incidencia de las relaciones sociales verticales por tipo de organización, actividad o agrupación, según estrato socioeducativo (en porcentaje).

Tipo / Estrato socioeducativo	AMBA - Junio 2005						
	Muy Bajo	Bajo	Medio Bajo	Medio Alto	Ratio 4/1	Ratio 3/1	Ratio 4/3
	1	2	3	4			
Organizaciones solidarias	4.0	10.0	8.0	16.0	4.000 *	2.000 *	2.000 *
Actividades religiosas	11.3	11.3	10.0	17.0	1.504 *	0.885	1.700 *
Grupos artísticos	4.0	2.7	5.3	15.0	3.750 *	1.325	2.830 *
Actividades políticas	2.0	2.7	3.3	9.0	4.500 *	1.650 *	2.727 *

n = 550

* El ratio es estadísticamente significativo ($p < 0,0125$, corrección de Bonferroni: 0,05/4).

Fuente: EDSA, Observatorio de la Deuda Social, UCA.

el clima educativo del hogar (la participación aumenta con el clima educativo, excepto en el estrato muy alto). Sin embargo, es interesante destacar algunas diferencias de la relación de las variables de corte con los estratos socioeducativos:

- En los tres estratos bajos participan más las personas desocupadas que las ocupadas; en cambio, en el estrato medio alto se da a la inversa.
- El tipo de familia no influye en las respuestas del estrato muy bajo; en cambio, en el estrato bajo, la participación es mayor entre las personas que viven solas y en hogares monoparentales. En el grupo de comparación, los miembros de familias monoparentales duplican a los que viven en una familia con núcleo completo y cuadruplican a las personas solas, cuando se trata de participar en organizaciones solidarias.

En síntesis, cuando se analiza la incidencia de la participación en organizaciones solidarias entre las personas del estrato medio bajo con respecto a las del estrato muy bajo, se encuentra una significativa diferencia y mayor participación en el estrato medio cuando se trata de hombres jóvenes o mayores de 60 años, con nivel educativo secundario incompleto, pero sin déficit de comprensión verbal ni riesgo de malestar psicológico, y que pertenecen a la población económicamente activa. También se favorece la participación entre quienes forman parte de una familia completa, aunque el clima educativo de la misma sea bajo.

Comparando el estrato medio alto con el muy bajo, las diferencias por la mayor participación del primero llegan a veinte veces

cuando pertenecen a hogares de clima educativo bajo, a once veces entre las personas ocupadas y a nueve veces entre las que no tienen déficit de comprensión verbal.

Si se compara el estrato medio alto con el medio bajo, se observan diferencias significativas en casi todas las variables consideradas. Las mujeres del estrato más alto participan significativamente más que sus pares, aun cuando presentan déficit de comprensión verbal y riesgo de ansiedad o depresión.

4.2. Participación en instituciones religiosas

Las necesidades espirituales y la fe se manifiestan por igual en los individuos, pero no todos participan de las actividades religiosas. Como puede observarse en el Cuadro 2, las personas entrevistadas declararon participar de actividades religiosas en una proporción que oscila entre una persona cada diez en los tres estratos socioeducativos más bajos y dos en el medio alto. En todos los estratos, este tipo de participación es un poco más alta que la observada en asociaciones solidarias. Las diferencias son significativas entre el grupo de clase media alta y los de media baja y muy baja, separándose ambos sectores, los bajos por un lado y el alto por el otro.

En el estrato muy bajo se observa que las personas que participaban en actividades religiosas eran principalmente inactivas mayores de 60 años, separadas o viudas que vivían solas o en familias de núcleo incompleto. En el estrato medio bajo, las mujeres desocupadas, sin diferencias en cuanto a la edad, y de familias completas de alto clima educativo; mientras que en el estrato medio alto, también la participación de las mujeres duplica a la de los varones y se relaciona con estar desocupadas o inactivas, ser adultas o adultas mayores, con riesgo de malestar psicológico y separadas o viudas que vivían solas o en familias monoparentales de clima educativo bajo y medio.

Es interesante destacar que las diferencias de participación entre personas que vivían solas o en hogares monoparentales son significativas entre los estratos, y las actividades religiosas mantienen una relación directa con el mayor nivel socioeconómico. En cambio, pertenecer a una familia completa anula tales diferencias.

En cuanto a la heterogeneidad entre los sectores bajos o pobres, y comparando el estrato medio bajo con el muy bajo, se infiere que

las personas solteras –presumiblemente jóvenes–, sin déficit de comprensión verbal y desocupadas participan el doble o el triple si pertenecían al estrato medio bajo, corroborándose una asociación directa y positiva con la mejor posición en la escala social.

La brecha entre los extremos de la jerarquía social es más significativa si las personas estaban desocupadas, pertenecían a hogares con bajo clima educativo pero sin déficit de comprensión verbal: las del grupo de control medio alto triplicaban a las del estrato muy bajo en los tres casos. Dos datos destacables son: que las personas con riesgo de malestar psicológico participan cinco veces más si pertenecen al grupo de control que si forman parte del estrato más bajo y que las mujeres del estrato medio alto participan el doble que todas las demás.

4.3. Participación en grupos artísticos

El desarrollo de actividades artísticas es también diferencial por estratos socioeducativos. Las personas de los estratos bajo y medio bajo participan menos en las actividades artísticas que en las solidarias y religiosas, y las del estrato medio alto presentan un valor similar en todas ellas, rondando el 15%. Esta pobreza de participación en los sectores bajos probablemente se deba a la falta de acceso a cursos o talleres gratuitos, así como a la poca valoración y difusión de este tipo de actividades, que deberían ser promovidas como un aspecto muy valioso para la formación integral de las personas. Las experiencias realizadas con coros, orquestas barriales, cursos de arte y pintura, etc., permiten sostener que son medios idóneos para disminuir las brechas sociales al constituir escenarios de intereses comunes y acercar a las personas desaventajadas a las actividades que en el imaginario de la gente pobre se consideran exclusivas de las personas “ricas o pudientes”. Las exposiciones colectivas y las presentaciones grupales reúnen a los jóvenes de distinta extracción social, y esto también se refleja en el público que asiste y que está unido por el mismo interés, y no por pertenecer a la misma clase.

La participación en grupos artísticos decrece con la edad en todos los estratos socioeducativos, excepto en el muy bajo. Es más frecuente en las mujeres de clase media, entre los más educados y entre los miembros de las familias pobres que tienen alto clima edu-

cativo; en cambio, en el estrato medio alto el clima educativo tiene una relación inversa, es decir, que había mayor participación entre las personas cuyas familias tenían menor clima educativo, o sea que decrece a medida que éste aumenta.

En los tres estratos bajos participaban más las personas con mayor nivel de educación, pero en el grupo de control esta variable no influye. En todos los estratos considerados había mayor participación entre los jóvenes solteros con educación secundaria o más y que estaban ocupados. En las clases medias se agrega la diferencia entre las mujeres y sólo en la media alta participan más los desocupados que los ocupados e inactivos.

4.4. Participación en partidos políticos

La participación en los partidos políticos hace a la esencia del espíritu de un gobierno democrático, pero es la más baja de los cuatro indicadores de sociabilidad vertical considerados. En los sectores o estratos bajos apenas oscilaba en el 3%, mientras que en el estrato medio alto alcanzó un 9%, llegando a entre el 16% y el 18% entre los jóvenes, varones y solteros que vivían en familias monoparentales.

Las personas del estrato muy bajo tenían mayor probabilidad de participar en los partidos políticos si tenían más de 30 años, secundaria incompleta, buena comprensión verbal, estaban ocupadas y eran separadas o viudas que vivían solas.

En el estrato bajo, además de asociarse con las mujeres y varones mayores de 60 años, cobran más importancia los adultos, sin déficit de comprensión verbal, que estaban casados o unidos y eran económicamente activos –ocupados o desocupados–.

En los estratos medio bajo y medio alto se observa una mayor participación política entre los varones (5% y 16%, respectivamente). También se asocia, en el primer estrato mencionado, con la edad adulta, la actividad económica y estar separados viviendo en hogares no familiares, mientras que en el estrato más alto cobran importancia los jóvenes solteros. El clima educativo de los hogares en que vivían estas personas era medio o alto.

Las desigualdades entre las diferentes personas pobres de los estratos medio bajo y muy bajo se dan esencialmente en la participación de los hombres, ya que los del estrato medio cuadruplican a

sus pares. En cambio, las mujeres se diferencian por lo contrario, ya que las del estrato más bajo participan el doble que las otras. En este caso podría pensarse que eran personas pobres titulares de planes sociales, que tenían un incentivo instrumental o eran víctimas del “clientelismo político” tan frecuente en el ámbito del conurbano bonaerense.¹² También participaban más los que, teniendo secundario incompleto, pertenecían al sector medio bajo, y los que estaban separados o eran viudos.

La polarización o segmentación de la sociedad surgida al comparar la incidencia de la participación política en el estrato medio alto y muy bajo se establece especialmente por la más alta participación entre los hombres, adultos, ocupados y casados o unidos de hecho que pertenecían a familias con núcleo completo.

Síntesis

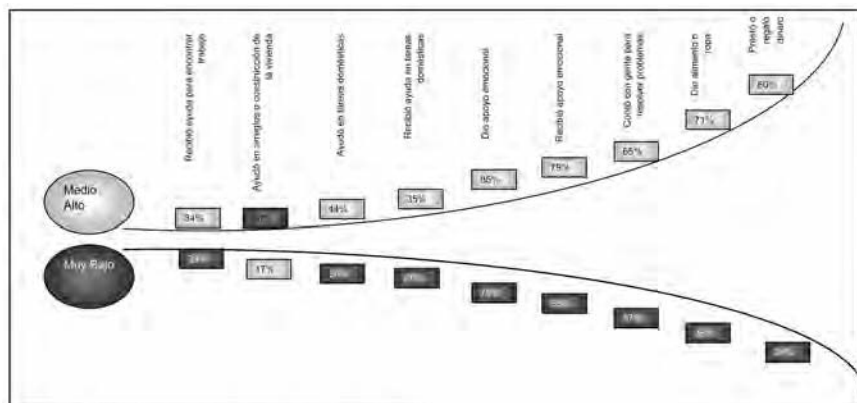
El enfoque de desarrollo humano tiene como meta que las personas vivan con libertad de elección. Podría pensarse que esta libre elección es más fácil de lograr cuando se trata de mantener relaciones sociales o institucionales. Sin embargo, otra serie de capacidades deben desarrollarse para que las personas puedan disfrutar de una vida social plena, inclusiva de los demás y que permita ir gestando cierta cohesión de la sociedad en su conjunto.

La vastedad de datos ofrecidos en el análisis permite concluir que la capacidad de las personas de desarrollar una sociabilidad fecunda y activa está asociada directa y positivamente con el estrato socioeconómico de pertenencia. Para sintetizarlo, presentamos dos gráficos con las brechas de desigualdad entre el estrato más bajo y el más alto de los considerados en el análisis.

- En el estrato muy bajo sobresale la mayor participación de las mujeres en casi todos los indicadores, excepto haber recibido ayuda para conseguir trabajo, prestar dinero o colaborar con la construcción de la vivienda de otros. En el estrato medio alto es similar, pero sobresalen los varones en la participación

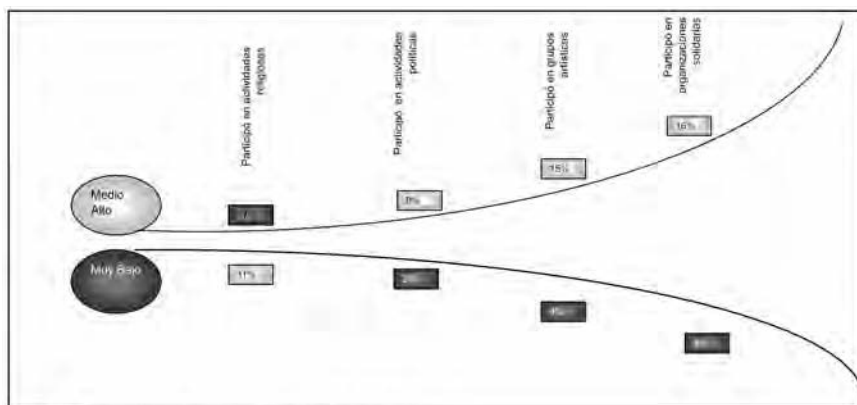
¹² Esto ha sido muy bien planteado por Javier Auyero (2001) en una investigación sobre las prácticas clientelistas del peronismo.

Brecha de incidencia de la sociabilidad horizontal.
AMBA - Junio 2005.



Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos EDSA.

Brecha de incidencia de la sociabilidad vertical.
AMBA - Junio 2005.



Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos EDSA.

política y porque son los que tienen más gente a quien recurrir ante un problema.

- Los jóvenes sobresalen en ambos estratos con respecto a recibir apoyo emocional, ayuda para conseguir trabajo, ayudar en tareas domésticas y participar en actividades artísticas.
- Las mujeres más pobres de más de 60 años de edad son las que más dan o prestan dinero, alimentos y ropa; las que más

dan y reciben ayuda para las tareas domésticas y participan más en las actividades religiosas y políticas que las restantes de su estrato.

- Los adultos del estrato medio alto son los que más cuentan con gente para apoyo emocional o emergencias, los que prestan dinero, colaboran en arreglos de la vivienda y participan en actividades religiosas.
- El nivel educativo tiene una relación directa y positiva con la mayor sociabilidad en todos los indicadores y estratos.
- Los que más dan y reciben apoyo emocional y cuentan con gente viven solos o en familias con núcleo completo en ambos estratos.
- También para ambos estratos hay primacía de personas que viven solas o en familias incompletas cuando se trata de dar y recibir ayuda doméstica, participar de actividades religiosas, organizaciones solidarias, partidos políticos y grupos de actividades artísticas.
- El círculo cercano formado por la familia no conviviente y los amigos es el que predomina en todas las formas de relaciones sociales analizadas, cualquiera sea el estrato socioeducativo. Los vecinos son más importantes para los grupos carenciados que para las personas del estrato medio alto, entre las cuales aparece con fuerza el rol del compañero de trabajo.

Referencias bibliográficas

- ALLARDT, Eric: "Tener, amar, ser: una alternativa al modelo sueco de investigación sobre el bienestar", en NUSSBAUM, Martha C. y SEN, Amartya (comps.): *La calidad de vida*, México, FCE, 1996.
- AUYERO, Javier: *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires, Ed. Manantial, 2001.
- BAZÁN, L.: "El último recurso: Las relaciones familiares como alternativas frente a la crisis". Ponencia preparada para LASA 98, Chicago, 1998.
- BENGTON, V.; OLANDER, E. y HADDAD, A.: "The Generation Gap and Aging Family Members: Toward a Conceptual Model", en GUBRIUM, J. F. (ed.): *Times, Roles and Self in Old Age*, New York, Human Sciences Press, 2002. Citado en BONVALET, C. y LELIÈVRE, E.: *Le fonctionnement local des relations parents enfants*, Tours, Francia, XXV Conferencia Internacional de Población, Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (IUSSP), Ponencia, 2005.

- BONVALET, C. y LELIÈVRE, E.: *Le fonctionnement local des relations parents enfants*, Tours, Francia, XXV Conferencia Internacional de Población, Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (IUSSP), Ponencia, 2005.
- BOSO, Roxana y SALVIA, Agustín: *Descomposición social del malestar subjetivo y de las capacidades de afrontamiento en un contexto de crisis y desempleo*, Buenos Aires, UCA, 2003. Mimeo.
- BRENLLA, María Elena: "Condiciones psicológicas", en *Barómetro de la Deuda Social Argentina, Informe 3, Progresos Sociales 2004-2006. Avances y retrocesos en una sociedad polarizada*, Buenos Aires, Observatorio de la Deuda Social Argentina, Fundación Arcor-UCA, 2007.
- DABAS, Elina y NAJMANOVICH, Denise (comps.): *Redes. El lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*, Buenos Aires, Paidós, 2002 [1995].
- DOYAL, L. y GOUGH, I.: *Teoría de las necesidades humanas*, Barcelona, Icaria/FUHEM, 1994.
- ENRÍQUEZ ROSAS, Rocío: *Dinámica de las redes sociales y de apoyo emocional en hogares pobres urbanos: el caso de México*, Centro de Investigación y Formación social, Univ. Iteco, Guadalajara, Jalisco, 2000. Documento presentado al "2000 Meeting of the Latin American Studies Association", realizado en Miami, 16-18 de marzo de 2000.
- FROMM, Erich: *El arte de amar. Una investigación sobre la naturaleza del amor*, Buenos Aires, Paidós Studio, 1999.
- GIDDENS, Anthony: *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1998.
- GRANOVETTER, Mark: "The Strength of Weak Ties: A Network Theory Revisited", State University of New York, Stony Brook, *Sociological Theory*, vol. I, 1983: 201-233.
- GUZMÁN, José Miguel; HUENCHUAN, Sandra y MONTES DE OCA, Verónica: "Redes de apoyo de las personas mayores: marco conceptual", *Notas de población*, Año XXIX, N° 77, Santiago de Chile, CELADE, 2003.
- JACKSON, W. A.: "Capabilities, Culture and Social Structure", *Review of Social Economy*, vol. LXIII, N° 1, March 2005: 101-124.
- KESSLER, Gabriel: "Lazo social, don y principios de justicia: sobre el uso del capital social en sectores medios empobrecidos", en DE IPOLA, Emilio (comp.): *La crisis del lazo social. Durkheim, cien años después*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- KLIKSBERG, Bernardo: *El capital social. Dimensión olvidada del desarrollo*, Caracas, Universidad Metropolitana, Editorial Panapo, 2001.
- LOMNITZ, Larissa: *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI, 1975.
- MAUSS, Marcel: *The gift. Forms and functions of exchange in archaic societies*, London, Routledge and Kegan Paul, 1974, reimpresión. Citado por ENRÍQUEZ ROSAS, R.: *Dinámica de las redes sociales y de apoyo emocional en hogares pobres urbanos: el caso de México*, Centro de Investigación y Formación social, Univ. Iteco, Guadalajara, Jalisco, 2000.

- MAX-NEEF, M.: *Desarrollo a escala humana*, Montevideo, Nordan, 1987.
- MOLINA, José Luis: "El estudio de las redes personales: contribuciones, métodos y perspectivas", *Empiria*, 10, julio-diciembre 2005: 71-106.
- MORGAN, D. L.; NEAL, M. B. y CARDER, P.: "The stability of core and peripheral networks over time", *Social Networks* 19, 1997: 9-25.
- NUSSBAUM, Martha C.: *Las mujeres y el desarrollo humano*, Barcelona, Herder, 2002.
- NUSSBAUM, Martha C. y SEN, A. (comps.): *La calidad de vida*, México, FCE, 1996.
- PNUD: *Informe Desarrollo Humano: Las paradojas de la modernización*, Santiago de Chile, 1998.
- : *Informe Desarrollo Humano en Bolivia 2000*, La Paz, 2001.
- SEN, Amartya: *Commodities and capabilities*, Amsterdam, North-Holland, 1985.
- : "Capacidad y bienestar", 1988, en NUSSBAUM, Martha C. y SEN, A. (comps.): *La calidad de vida*, México, FCE, 1996.
- : *Inequality Reexamined*, New York, Russel Sage Foundation, 1992.
- : "Social Exclusion: concept, application and scrutiny", en *Social Development Papers N° 1*, Asian Development Bank, 2000a.
- : *Desarrollo y libertad*, Buenos Aires, Editorial Planeta Argentina, 2000b.
- SILES, Marcelo; ROBINSON, Lindon J. y SCHMID, A. Allan: "El paradigma del Capital Social", en ARRIGADA, Irma y MIRANDA, Francisca (comps.): *Capital social: potencialidades analíticas y metodológicas para la superación de la pobreza*, Santiago de Chile, CEPAL Serie Seminarios y conferencias N° 31, 2003.
- SLUZKI, Carlos E.: *La red social: frontera de la práctica sistémica*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1998.
- SUITOR, J. Jill; WELLMAN, Barry y MORGAN, David L.: "It's about time: how, why, and when networks change", *Social Networks* 19, 1997: 1-7.
- VERBRUGGE, Luis M.: *Multiplidad en las amistades adultas*, University of Michigan, 2001.